

El País de los Ciegos

Por

H. G. Wells

Freeditorial 

A quinientos kilómetros o más de Chimborazo, a ciento cincuenta de las nieves de Cotopaxi, en las más agrestes latitudes de los Andes ecuatorianos, se halla un misterioso valle aislado del mundo de los hombres, el País de los Ciegos. Hace muchos años el valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían acceder finalmente a sus lisas praderas a través de temibles desfiladeros y pasos helados; y, de hecho, a él llegaron unos hombres, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la lujuria y la tiranía de cierto gobernador español. Luego se produjo la formidable erupción del Mindobamba, cuando se hizo de noche en Quito durante diecisiete días y el agua hirvió en Yaguachi y los peces flotaron muertos hasta en el lejano Guayaquil; a lo largo de todas las pendientes del Pacífico se produjeron desprendimientos de tierra, rápidos deshielos y bruscas inundaciones, y una cara entera de la cresta del viejo Arauca se desgajó y cayó con gran estrépito, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de aquellos primeros colonos se hallaba casualmente en el lado de los desfiladeros donde el mundo se había agitado tan terriblemente, y se vio forzado a olvidar a su mujer y a su hijo y a todos los amigos y posesiones que había dejado allí y a empezar una nueva vida en el mundo de abajo. La empezó, pero al cabo de un tiempo enfermó. Le sobrevino una ceguera repentina y murió de los castigos recibidos en las minas. Pero la historia que contó engendró una leyenda que pervive en las cordilleras de los Andes hasta la actualidad.

Contó el motivo que le llevó a arriesgarse a volver del refugio al que había llegado por primera vez amarrado a una llama, junto con un cargamento de bártulos, cuando era niño. El valle, decía, contenía todo cuanto el corazón humano podía desear: agua dulce, pasto, clima suave, laderas de tierra fértil y marañas de arbustos que rendían un fruto excelente, y a un costado grandes pinos colgantes que contenían las avalanchas en lo alto. Lejos, muy arriba, acantilados de hielo coronaban enormes precipicios de roca gris verdosa por tres lados. Pero el riachuelo del glaciar no llegaba hasta ellos, sino que corría por las laderas más alejadas, y sólo de vez en cuando enormes masas de hielo caían del lado del valle. En éste ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban un pasto fértil cuya irrigación se extendía por todo el valle. Los colonos hicieron un buen trabajo, prosperaron. Sus animales se adaptaron bien y se multiplicaron, y sólo una cosa empañaba su felicidad, aunque la empañaba enormemente. Una extraña enfermedad había caído sobre ellos, dejando ciegos a todos los niños nacidos allí e incluso a algunos de más edad. En busca de algún encanto o antídoto contra esta plaga de ceguera, él había vuelto a bajar el desfiladero. En aquel tiempo, y en casos así, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados; y a él le pareció que la causa de su aflicción debía de residir en la negligencia de

aquellos inmigrantes sin sacerdotes para construir un santuario nada más entrar en el valle. Él quería que se erigiese allí un santuario bonito, barato y eficaz; quería reliquias y poderosos fetiches, objetos sagrados, medallas misteriosas y oraciones. En su morral llevaba un lingote de plata pura del que evitaba dar explicaciones; insistía en que no había más plata en el valle con la porfía de un mentiroso inexperto. Todos habían contribuido con su dinero y sus adornos, dijo, para comprar el remedio sagrado contra su mal, pues de poco les servía aquel tesoro allí arriba. Me imagino a este joven montañero de ojos nublados, quemado por el sol, inquieto y demacrado, estrujando febrilmente el ala de su sombrero; un hombre nada acostumbrado a las maneras del mundo inferior, contando su historia a algún atento sacerdote de mirada penetrante antes de la gran convulsión. Me lo puedo imaginar ahora mismo tratando de regresar con remedios piadosos e infalibles contra aquel trastorno, y la consternación con que debió de enfrentarse al derrumbado desfiladero del que una vez salió. Pero el resto de su infortunada historia se me escapa, salvo su horrible muerte al cabo de varios años. ¡Pobre criatura apartada de las lejanías! El riachuelo que en otro tiempo formara el desfiladero ahora brotaba de la boca de una cueva rocosa, y la leyenda engendrada por su humilde y mal contada historia, transformada en la leyenda de una raza de hombres ciegos que vivía en algún lugar «allá arriba», aún puede escucharse hoy en día.

La enfermedad siguió su curso entre la pequeña población de aquel valle ahora aislado y olvidado. Los viejos se volvieron medio ciegos y andaban a tientas, los jóvenes veían sólo borrosamente, y sus hijos nunca vieron nada. Pero la vida era muy fácil en aquella cuenca bordeada de nieve y apartada del mundo, sin zarzas ni espinos, sin insectos malignos ni más animales que la mansa estirpe de llamas que habían arrastrado, empujado y criado en los lechos de los menguados ríos en las gargantas de las que habían bajado. Los videntes se habían vuelto ciegos tan gradualmente que apenas notaron la pérdida. Guiaban a los jóvenes ciegos de un lado a otro hasta saberse el valle a la perfección y, cuando finalmente perdieron la vista, la raza sobrevivió. Incluso tuvieron tiempo de adaptarse a controlar el fuego sin verlo, lo que hacían cuidadosamente en hornos de piedra. Al principio eran gentes sencillas, incultas, tocadas sólo ligeramente por la civilización española pero con algo de la tradición artística del antiguo Perú y de su filosofía perdida. Se fueron sucediendo las generaciones. Olvidaron muchas cosas; inventaron otras muchas. La tradición del gran mundo del que provenían adquirió un tinte mítico e incierto. En todo excepto en la vista eran fuertes y capaces, y pronto las probabilidades genéticas y hereditarias hicieron nacer entre ellos a uno con una mente original y capaz de hablar y convencer a los demás, y luego a otro. Ambos murieron dejando su impronta, y la pequeña comunidad creció en número y conocimiento, y afrontó y resolvió los problemas sociales y

económicos que se planteaban. Se fueron sucediendo las generaciones. Llegó un día en que nació un niño separado por quince generaciones del antepasado que marchó del valle con un lingote de plata en busca de la ayuda divina y que nunca regresó. En tales parajes, un hombre llegó por azar a aquella comunidad desde el mundo exterior. Y ésta es la historia de ese hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y visto el mundo, un lector singular de libros, un hombre agudo y emprendedor, contratado por una partida de ingleses que había viajado a Ecuador para escalar montañas en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Escaló aquí y allá y entonces llegó el intento de coronar el Parascotpetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente se ha escrito una docena de veces. Pointer lo ha narrado mejor que nadie. Cuenta que la pequeña expedición ascendió trabajosamente por la ruta difícil y casi vertical hasta el pie mismo del último y más grande precipicio, que construyeron un refugio nocturno en medio de la nieve sobre un pequeño saliente rocoso y, con un toque de auténtico dramatismo, que al rato descubrieron que habían perdido a Núñez. Gritaron y no obtuvieron respuesta; gritaron y silbaron, y ya no pudieron dormir durante el resto de la noche.

Cuando amaneció vieron las huellas de su caída. Parecía imposible que no hubiera hecho ningún ruido. Había resbalado al este, hacia la cara desconocida de la montaña; más abajo se había golpeado con una empinada pendiente nevada, y descendió por ella como pudo en medio de una avalancha de nieve. Su rastro llevaba directamente al borde de un terrible precipicio, y más allá todo estaba oculto. Mucho más abajo y borrosos por la distancia pudieron ver árboles que surgían de un valle angosto y cerrado: el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni lo distinguían en nada de cualquier otra franja de valle de altiplano. Consternados por esta desgracia, desistieron de su intento por la tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera hacer otra tentativa. Hoy el Parascotpetl se sigue alzando como un pico infranqueable, y el refugio de Pointer se desmenuza ignorado entre las nieves.

Pero el hombre que había caído sobrevivió.

Cayó treinta metros hasta el final de la pendiente y aterrizó envuelto en una nube de nieve sobre una falda aún más escarpada que la superior. Allí abajo estaba él, mareado, confuso y aturdido, pero sin un hueso roto en su cuerpo; y entonces llegó por fin a cuevas más suaves, y se estiró y permaneció inmóvil, enterrado en un mullido montón de masas blancas que lo habían acompañado y salvado. Volvió en sí con la vaga sensación de hallarse enfermo en la cama; luego comprendió su situación con la inteligencia de un montañero, se liberó como pudo y, tras un descanso, se abrió camino hasta divisar las estrellas.

Reposó un rato tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué le había ocurrido. Examinó sus miembros y vio que le faltaban varios botones y que tenía el abrigo vuelto del revés sobre su cabeza. El cuchillo se le había caído del bolsillo y había perdido el sombrero, pese a habérselo atado bajo la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar su parte del refugio. Su piqueta había desaparecido.

Decidió que debía de haber caído, y miró a lo alto para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había dado. Permaneció un rato tumbado, mirando sin comprender aquel enorme y pálido acantilado que sobresalía por encima, surgiendo por momentos de una sosegada marea de tinieblas. Su belleza misteriosa y fantasmal lo embelesó un rato, y luego se apoderó de él un paroxismo de risas mezcladas con sollozos...

Al cabo de un buen rato comprendió que se hallaba cerca del borde inferior de la nieve. Por debajo de lo que ahora era una pendiente practicable e iluminada por la luna vio la oscura y rota apariencia de un césped cubierto de rocas. Se puso en pie con dificultad, doloridos todos sus miembros y articulaciones, bajó trabajosamente del montón de nieve suelta que lo rodeaba, descendió hasta alcanzar el césped y allí, más que recostarse, se dejó caer junto a una peña, apuró el frasco que guardaba en el bolsillo interior y se durmió al instante...

Lo despertó el canto de pájaros en los árboles de abajo.

Se sentó y advirtió que se hallaba en un pequeño macizo al pie de un vasto precipicio, surcado por el barranco por el que había descendido cubierto de nieve. Frente a él, otro muro de roca se erguía contra el cielo. El desfiladero entre estos precipicios se extendía a este y oeste y estaba bañado por la luz del sol, que iluminaba hacia poniente la masa de montaña derrumbada que obstruía la garganta descendente. A sus pies parecía haber un precipicio igual de pronunciado, pero detrás de la nieve, en el barranco, descubrió una especie de grieta en forma de chimenea que rezumaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Le resultó más fácil de lo que parecía, y acabó llegando a otro macizo desolado, y luego, tras trepar por la roca sin especial dificultad, a una empinada ladera de árboles. Fijó su posición y volvió el rostro a lo alto de la garganta, pues vio que se abría sobre verdes prados, entre los que ahora alcanzaba a ver con bastante claridad un grupo de cabañas de piedra de forma desconocida. A veces su avance parecía un intento de trepar por la cara de una pared, y al cabo de un rato el sol de la mañana dejó de alumbrar la garganta, las voces de los pájaros se extinguieron, y el aire se volvió frío y oscuro a su alrededor. Pero eso sólo hizo que el lejano valle con sus casas pareciera más brillante. Pronto llegó al talud, y entre las rocas distinguió —pues era un hombre observador— un helecho desconocido que parecía aferrarse al exterior de las grietas con manos de un verde intenso.

Cogió una o dos frondas, mordisqueó su tallo y pensó que podía serle útil.

Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero al llano iluminado por el sol. Estaba entumecido y cansado; se sentó a la sombra de una roca, llenó su cantimplora del agua de un manantial, la bebió de un trago y se quedó un rato descansando antes de dirigirse a las casas.

Le parecieron muy extrañas y, de hecho, la apariencia general de aquel valle se iba volviendo más rara y singular cuanto más lo contemplaba. La mayor parte de su superficie consistía en un exuberante prado verde, sembrado de un sinnúmero de hermosas flores, regado con esmero y con muestras evidentes de ser cultivado sistemáticamente palmo a palmo. En lo alto y rodeando el valle había un muro y lo que parecía ser un canal de agua circular, del que provenían los hilos de agua que alimentaban las plantas del prado, cercado a ambos lados por un muro elevado. Esto daba un carácter singularmente urbano a aquel lugar cerrado, realizado en gran medida por el hecho de que un gran número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras, cada uno de ellos con un curioso bordillo a los lados, discurría de un lado a otro de forma ordenada. Las casas del centro de la aldea no se asemejaban a la improvisada e irregular aglomeración de los pueblos de montaña que él conocía; se alzaban en una fila continua a ambos lados de la calle principal con asombrosa limpieza; aquí y allá una puerta atravesaba sus fachadas multicolores, y ni una sola ventana rompía su frontal uniforme. Estaban coloreadas con extraordinaria irregularidad, embadurnadas con una especie de yeso que a veces era gris, a veces mate, y otras de color pizarra o marrón oscuro; y fue la visión de este enlucido delirante lo que primero suscitó la palabra «ciego» en la mente del explorador. «El buen hombre que hizo aquello», pensó, «debía de estar más ciego que un topo».

Bajó por un lugar escarpado, y así llegó al muro y al canal que rodeaban el valle, cerca de donde éste último vertía su excedente en las profundidades de la garganta en una fina y temblorosa cascada. Ahora podía ver un grupo de hombres y mujeres que descansaban sobre pilas de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, al otro lado del prado, y más cerca de la aldea varios niños tumbados, y más cerca todavía tres hombres que cargaban baldes sobre yugos por un caminito que iba del muro circundante hacia las casas. Éstos últimos vestían prendas de tela de llama, botas y cinturones de cuero, y gorras de paño con cogoteras y orejeras. Iban en fila india, caminando despacio y bostezando al andar, como si hubieran pasado la noche en vela. Había algo tan tranquilizadoramente próspero y respetable en su aspecto que, tras un momento de duda, Núñez se adelantó tan visiblemente como pudo en su roca y lanzó un poderoso grito que resonó por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si mirasen a su alrededor. Núñez gesticuló ostensiblemente. Pero ellos no parecieron verlo

pese a todos sus gestos, y al cabo de un rato, mientras se dirigían a las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez en respuesta. Núñez volvió a gritar, y luego una vez más, y mientras gesticulaba inútilmente, la palabra «ciegos» fue lo primero que le vino a la mente. «Los pobres deben de estar ciegos», se dijo.

Cuando por fin, tras mucho gritar y enfurecerse, Núñez cruzó el arroyo por un pequeño puente, atravesó una puerta en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tuvo la certeza de que aquel era el País de los Ciegos del que hablaba la leyenda. La convicción había brotado en su alma, y la sensación de una gran y envidiable aventura. Los tres se quedaron uno junto a otro, sin mirarlo pero con las orejas apuntando hacia él, examinándolo por sus pasos extraños. Permanecieron juntos, como un poco asustados, y pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el globo ocular se hubiera encogido hasta desaparecer. Había una expresión casi de temor reverencial en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno en un español apenas reconocible—. Es un hombre, hombre o espíritu, que baja de las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado del joven que irrumpe en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos habían vuelto a cruzar por su mente, y entre estos pensamientos se repetía este viejo proverbio, como un refrán: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey», «En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

Les saludó muy cortésmente. Les habló y se sirvió de sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—De las rocas.

—Vengo de las montañas —dijo Núñez—, de la región que está más allá, donde los hombres pueden ver. Cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y la ciudad se extiende hasta perderse de vista.

—¿Vista? —murmuró Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de forma extraña, cada uno con un tipo de puntada diferente.

Le sobresaltaron con un movimiento simultáneo hacia él, los tres con la mano alargada. Retrocedió ante el avance de esos dedos extendidos.

—Ven aquí —dijo el tercer ciego, siguiendo sus movimientos y agarrándolo limpiamente.

Sujetaron a Núñez y cayeron sobre él, sin decir nada más hasta que

hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó con un dedo en el ojo, y comprendió que consideraban aquel órgano, con sus párpados vibrátiles, un elemento extraño en él. Volvieron a la carga.

—Extraña criatura, Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Mira la aspereza de su pelo, como el de una llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, examinando la barbilla sin afeitar de Núñez con una mano suave y ligeramente húmeda—. Quizá pueda refinarse —Núñez forcejeó un poco mientras lo examinaban, pero lo tenían bien sujeto.

—¡Cuidado! —dijo otra vez.

—Sabe hablar —dijo el tercer hombre—. Está claro que es un hombre.

—¡Aj! —dijo Pedro al sentir la aspereza de su abrigo.

—¿Y tú has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—Del mundo. Por montañas y glaciares, allá arriba, a medio camino del sol. Del gran mundo que baja hacia el mar, a doce días de camino.

Apenas parecían prestarle atención.

—Nuestros padres nos han contado que los hombres pueden ser engendrados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, y la humedad, y la podredumbre... la podredumbre...

—Déjanos llevarlo ante los ancianos —dijo Pedro.

—Antes grita —dijo Correa—, no sea que los niños se asusten. Es un suceso extraordinario.

Gritaron, pues, y Pedro se adelantó y tomó a Núñez de la mano y le condujo a las casas.

Él apartó la mano.

—Puedo ver —dijo.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez volviéndose hacia él y tropezando con el balde de Pedro.

—Sus sentidos son aún imperfectos —dijo el tercer ciego—. Se tropieza y dice palabras sin sentido. Llevadlo de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez, riendo mientras lo guiaban.

Parecían no saber nada de la vista. Bueno, a su debido tiempo les

enseñaría.

Oyó gente gritando, y vio varias figuras congregándose en la calzada central de la aldea.

Notó que aquel primer encuentro con los habitantes del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar parecía mayor conforme se iba acercando a él, y el enlucido embadurnado más raro, y una multitud de niños, hombres y mujeres (advirtió complacido que algunas de las mujeres y niñas tenían rostros bastante agradables, a pesar de sus ojos cerrados y hundidos) lo rodeó, agarrándolo, palpándolo con manos suaves y sensitivas, oliéndolo y escuchando cada palabra que decía. Algunas muchachas y niños, no obstante, se mantenían a distancia, como asustados, y en verdad la voz de él parecía bronca y ruda comparada con las notas más suaves de ellos. Se apiñaron a su alrededor. Sus tres guías se mantenían cerca de él como marcando su propiedad, repitiendo una y otra vez: «Un salvaje de las rocas».

—Bogotá —dijo él—. Bogotá. Más allá de los picos de la montaña.

—Un salvaje que dice palabras absurdas —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso? Bogotá. Su mente no está del todo formada. Sólo tiene los rudimentos del habla.

Un chiquillo le pellizcó la mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Sí! Una ciudad mucho mayor que vuestra aldea. Vengo del gran mundo, donde los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá —dijeron.

—Tropezó dos veces mientras veníamos —dijo Correa.

Y lo empujaron de repente por un pasillo hasta una habitación completamente oscura, excepto por un fuego que brillaba débilmente al fondo. La multitud se cerró tras él, dejando pasar tan sólo un tenue rayo de luz, y antes de que pudiera detenerse había caído de bruces a los pies de un hombre sentado. Su brazo extendido golpeó la cara de otro al caer. Sintió el suave impacto de unas facciones y oyó un grito de ira, y por un momento forcejeó contra el sinfín de manos que lo aferraban. Era una lucha desigual. Comprendió vagamente su situación y se quedó quieto.

«Me he caído» —dijo—. «No podía ver en esta oscuridad profunda».

Se hizo una pausa, como si las personas ocultas que lo rodeaban trataran de entender sus palabras. Luego se oyó la voz de Correa:

—Sólo está recién creado. Tropezaba al andar y entremezcla palabras sin

sentido cuando habla.

Otros también dijeron cosas sobre él que no alcanzó a oír o entender del todo.

—¿Puedo levantarme? —preguntó aprovechando una pausa—. No volveré a pelear con vosotros.

Consultaron entre sí y le dejaron incorporarse.

La voz de un hombre mayor empezó a interrogarle, y Núñez se vio tratando de explicar el gran mundo del que había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas semejantes, a esos ancianos sentados en la oscuridad del País de los Ciegos. Y ellos no quisieron creer ni comprender nada de cuanto les contó, algo que no se esperaba en absoluto. Ni siquiera entendieron muchas de sus palabras. Esa gente llevaba catorce generaciones ciega y aislada del mundo vidente; los nombres de todo lo relativo a la vista se habían disipado y cambiado; la historia del mundo exterior se había difuminado y transformado en un cuento infantil; y habían dejado de preocuparse por nada que estuviera más allá de las pendientes rocosas situadas por encima del muro circular. Entre ellos habían surgido ciegos geniales que habían cuestionado los retazos de creencia y tradición que trajeran consigo de su época de videntes, los habían desechado como meras fantasías y sustituido por explicaciones nuevas y más sensatas. Gran parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y habían creado para sí nuevas imaginaciones con sus oídos y yemas dactilares cada vez más sensibles. Poco a poco Núñez comprendió lo siguiente: que sus expectativas de suscitar asombro y reverencia por su origen y sus dones no se verían cumplidas; y después de que su pobre intento de explicarles la vista fuera desechado como la confusa versión de un ser recién creado que describía las maravillas de sus sensaciones incoherentes, accedió, algo desalentado, a escuchar sus enseñanzas. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión; que el mundo (es decir, su valle) había sido primero una hondonada vacía en las rocas y que después habían llegado cosas inanimadas sin el don del tacto, llamas y otras pocas criaturas con sentidos limitados, luego los hombres y finalmente los ángeles, cuyos sonidos y gorjeos podían oírse pero a los que nadie podía tocar, lo que intrigó sobremanera a Núñez hasta que se acordó de los pájaros.

**

Siguió contando a Núñez que el tiempo se había dividido en calor y frío, que para los ciegos eran los equivalentes del día y la noche, y que era conveniente dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de manera que, de no ser por su llegada, toda la aldea estaría durmiendo. Dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para aprender y servir a la sabiduría que habían adquirido, y que pese a su incoherencia mental y a su

comportamiento aturullado debía tener valor y hacer lo posible por aprender, y todos los que estaban en el pasillo murmuraron palabras de aliento. Dijo que hacía tiempo que la noche había acabado —pues los ciegos llaman a su día noche—, y que todos debían volver a la cama. Preguntó a Núñez si sabía dormir, y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comer.

Le trajeron algo de comida —leche de llama en un cuenco y un tosco pan salado— y lo llevaron a un lugar solitario para comer sin que ellos pudieran oírlo, y después a dormir plácidamente hasta que el frío vespertino de la montaña los despertara para comenzar de nuevo su jornada. Pero Núñez no pegó ojo.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde lo habían dejado, permitiendo que sus miembros descansaran y dando vueltas y vueltas en su cabeza a las inesperadas circunstancias de su llegada.

De vez en cuando se echaba a reír, unas veces divertido y otras indignado.

«¡Una mente sin formar!», decía. «¡Aún carente de sentidos! No saben que han insultado a su amo y rey enviado por el Cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Piensa... Piensa...».

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez tenía buen ojo para las cosas bellas, y el resplandor sobre los campos de nieve y los glaciares que se elevaba a ambos lados del valle se le antojó lo más hermoso que había visto nunca. Sus ojos pasaron de aquella gloria inaccesible a la aldea y a los campos irrigados que se hundían rápidamente en el crepúsculo, y una súbita emoción lo embargó y dio gracias a Dios desde el fondo de su alma por haberle concedido la facultad de ver.

Oyó una voz que lo llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oírlo se levantó sonriendo. Les enseñaría de una vez por todas lo que la vista permite hacer a un hombre. Que lo buscaran, que no lo encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rio en voz baja, y con dos pasos sigilosos se apartó del camino.

—No pises la hierba, Bogotá. No está permitido.

El propio Núñez apenas había oído el ruido que había hecho. Se detuvo perplejo.

El dueño de la voz venía corriendo hacia él por el camino estriado.

Núñez volvió a meterse en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no viniste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que hay que guiarte como a un niño pequeño? ¿No puedes oír el camino al andar?

Núñez se echó a reír.

—Puedo verlo —dijo.

—No existe la palabra ver —dijo el ciego, tras una pausa—. Deja ya ese disparate y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco enojado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. Hay mucho que aprender en el mundo.

—¿Nadie te ha dicho que «En el país de los ciegos el tuerto es el rey»?

—¿Qué significa «ciego»? —preguntó el hombre despreocupadamente por encima de su hombro.

Transcurrieron cuatro días y, al quinto, el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Descubrió que le era mucho más difícil proclamarse rey de lo que había supuesto, y entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, hizo cuanto se le ordenó y aprendió las maneras y costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y salir de noche le resultaba particularmente enojoso, y decidió que sería lo primero que cambiaría.

Aquella gente llevaba una vida sencilla y laboriosa, con todos los ingredientes de virtud y felicidad, tal como pueden entenderlas los hombres. Se afanaban, pero sin abrumarse; disponían de comida y ropa suficiente para sus necesidades; tenían días y temporadas de descanso; daban gran importancia a la música y a las canciones, y había amor entre ellos, y niños pequeños.

**

Era maravilloso con cuánta confianza y precisión se movían por su mundo ordenado. Todo estaba pensado en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales del área del valle formaba un ángulo constante con los otros y se distinguía por una marca en el bordillo; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos y prados hacía tiempo que se habían eliminado; todos sus métodos y procedimientos surgían de forma natural de sus necesidades especiales. Sus sentidos se habían agudizado increíblemente; podían oír y analizar el menor gesto de un hombre a doce pasos de distancia, y

percibir hasta el latido de su corazón. Hacía mucho que la entonación había sustituido a la expresión, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y el rastrillo era tan suelto y confiado como cualquier labor de jardinería. Su olfato era extraordinariamente fino; podían distinguir diferencias individuales con la facilidad de un perro, y se ocupaban del cuidado de las llamas, que vivían arriba entre las rocas y bajaban al muro por comida y cobijo, con soltura y confianza. Sólo cuando Núñez trató al fin de hacerse valer, descubrió lo fáciles y seguros que podían ser sus movimientos.

Se rebeló sólo tras haber probado a convencerles.

Primero intentó hablarles varias veces de la vista.

—Escuchadme un momento —dijo—. Hay cosas en mí que no comprendéis.

Uno o dos de ellos le escucharon en una o dos ocasiones; se sentaron con el rostro inclinado y las orejas vueltas inteligentemente hacia él, e hizo cuanto pudo por explicarles en qué consistía ver. Entre sus oyentes había una joven con párpados menos rojos y hundidos que los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando los ojos, a la que esperaba convencer de forma especial. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y le escucharon con divertida incredulidad que pronto se tornó condenatoria. Le dijeron que no había ninguna montaña, sino que el final de las rocas donde pastaban las llamas era el fin del mundo; de allí surgía el techo cavernoso del universo, del que caían el rocío y las avalanchas; y cuando él afirmó categóricamente que el mundo no tenía ni fin ni techo como ellos suponían, dijeron que sus ideas eran perniciosas. Les explicó hasta donde pudo el cielo, las nubes y las estrellas, y aquello les pareció un espantoso vacío, un terrible espacio en blanco en lugar del suave techo que protegía las cosas en las que creían, pues tenían por artículo de fe que el techo rocoso era exquisitamente suave al tacto. Notó que los estaba asustando, y renunció por completo a tratar ese aspecto e intentó mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro en el camino Diecisiete que venía hacia las casas centrales, aunque aún demasiado alejado para que pudieran olerlo u oírlo, y les dijo:

—Dentro de poco —profetizó—, Pedro estará aquí.

Un anciano comentó que a Pedro no se le había perdido nada en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, éste giró conforme se acercaba, cruzó por el camino Diez y de nuevo se encaminó con paso ligero hacia el muro exterior. Se burlaron de Núñez al no llegar Pedro, y más tarde, cuando preguntó a Pedro para justificarse, éste le desmintió y desafió, y desde entonces le fue hostil.

A continuación les convenció de que le dejaran subir un trecho por los

prados inclinados hacia el muro con alguien más complaciente, al que prometió describir todo lo que sucediera entre las casas. Percibió ciertas idas y venidas, pero lo único que de verdad parecía importar a aquella gente ocurría dentro o detrás de las casas sin ventanas —lo único en que se fijaban para ponerle a prueba—, y de esto no pudo ver ni contar nada. Fue después de fracasar en su intento, y de las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar bruscamente a uno o dos de ellos, y mostrar así en justo combate las ventajas de ver. En su resolución llegó al punto de agarrar su pala, y descubrió entonces algo nuevo de sí mismo: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló, y vio que todos se habían percatado de que había empuñado la pala. Permanecían alerta, con la cabeza ladeada y las orejas apuntando hacia él a la espera de cuál sería su próximo movimiento.

—Suelta esa pala —dijo uno, y él sintió una especie de terror impotente. A punto estuvo de obedecer.

Entonces empujó a uno contra el muro de una casa y, dejándolo atrás, huyó del pueblo.

Atravesó uno de sus prados, dejando un rastro de hierba pisoteada bajo sus pies, y al poco rato se sentó al borde de uno de sus caminos. Sintió algo parecido a la confianza que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a comprender que ni siquiera se puede luchar alegremente con seres que se rigen por una base mental diferente. A lo lejos vio a varios hombres con palas y bastones salir de la calle de las casas y avanzar hacia él en una fila que se extendía por varios senderos. Avanzaban despacio, hablando frecuentemente entre sí, y de vez en cuando aquel cordón humano se detenía, olisqueaba el aire y escuchaba.

La primera vez que lo hicieron Núñez se echó a reír, pero luego dejó de hacerlo.

**

Uno encontró su rastro en la hierba del prado y se acercaba encorvado y a tientas.

Durante cinco minutos contempló el lento despliegue del cordón, y entonces su vaga intención de hacer algo rápido se tornó acuciante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circular, se giró y volvió al pequeño sendero. Allí estaban todos, en una medialuna, quietos y a la escucha.

Él también permaneció inmóvil, agarrando la pala firmemente con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

El pulso en sus oídos se incrementaba al ritmo de «En el país de los ciegos

el tuerto es el rey».

¿Debía cargar contra ellos?

Volvió a mirar al alto e impracticable muro que tenía detrás — impracticable por su suave enyesado, y además atravesado por muchas puertecitas—, y a la fila de perseguidores cada vez más próxima. Detrás de ellos, otros salían ahora de la calle de casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —gritó uno—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Agarró su pala aún con más fuerza, bajó por los prados hacia el lugar de las viviendas, y en cuanto se movió convergieron sobre él. «Les golpearé si me tocan», juró, «por Dios que lo haré». Gritó:

—Oídmeme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me oís? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se estaban acercando rápidamente, a tientas pero moviéndose con presteza. Era como jugar a la gallinita ciega con todos, menos uno, sólo que todos llevaban los ojos vendados menos él.

—¡Cogedlo! —gritó uno. Y se vio a sí mismo en el arco de una elástica curva de perseguidores. De pronto sintió que debía mostrarse activo y resuelto.

—No lo entendéis —exclamó con un tono que pretendía ser rotundo y decidido pero que se le quebró en la garganta—: vosotros estáis ciegos y yo puedo ver. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá, suelta la pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca en su familiaridad urbana, produjo una explosión de ira.

—Os voy a hacer daño —dijo, sollozando por la emoción—. Por Dios que lo haré. ¡Dejadme en paz!

**

Echó a correr sin saber muy bien adónde. Huyó del ciego más próximo porque le horrorizaba pegarle. Se detuvo, y corrió a toda velocidad para escapar de aquellas filas que se iban cerrando. Se lanzó hacia donde el hueco era mayor, pero los que estaban a los lados, percibiendo rápidamente sus pasos que se acercaban, se juntaron a toda prisa. Saltó hacia delante y entonces vio que iban a cogerlo, y ¡zas!, la pala impactó contra algo. Sintió el ruido sordo de una mano y un brazo, y el hombre cayó con un grito de dolor. Era libre.

¡Libre! Y entonces volvió a estar cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, blandiendo palas y estacas, corrían de un lado a otro con una especie

de rapidez razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y vio a un hombre alto que se abalanzaba sobre él y le atacaba guiándose por el ruido que hacía. Se asustó, arrojó la pala a un metro de su rival, dio media vuelta y huyó casi chillando mientras esquivaba a otro.

Preso del pánico, corrió de un lado a otro, fintando cuando no había necesidad y tropezando en su ansiedad por querer ver en todas direcciones a la vez. Cayó por un instante y ellos oyeron su caída. A lo lejos, en el muro circular, una pequeña entrada le pareció el paraíso, y echó a correr frenéticamente hacia ella. Ni siquiera volvió la vista hacia sus perseguidores hasta alcanzarla, y tras tropezar al cruzar el puente y trepar un trecho entre las rocas, para sorpresa y espanto de una joven llama que se ocultó de un brinco, se tumbó llorando en busca de resuello.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Permaneció dos noches y dos días fuera del muro del valle de los ciegos sin comida ni techo, meditando sobre lo inesperado de los acontecimientos. En el curso de estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y en creciente tono de burla el gastado proverbio: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey». Pensó sobre todo en las maneras de enfrentarse y conquistar a esa gente, y cada vez le resultaba más claro que no había ninguna factible. No tenía armas, y ahora sería difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había alcanzado incluso en Bogotá, y no se sentía incapaz de bajar y asesinar a un ciego. Naturalmente, si lo hiciera podría dictar condiciones bajo amenaza de asesinarlos a todos. Pero tarde o temprano tendría que dormir...

Trató también de encontrar comida entre los pinos, acomodarse bajo sus ramas cuando caía el frío de la noche y —con menos fe— capturar una llama mediante algún ardid para intentar matarla —tal vez golpeándola con una piedra— y así por fin, quizá, comer algo de su carne. Pero las llamas no se fiaban de él, lo miraban con sus recelosos ojos marrones y escupían cuando se acercaba. Al segundo día le entraron el miedo y los temblores. Finalmente, bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó pactar. Se arrastró gritando a lo largo del arroyo, hasta que dos ciegos salieron de la puerta y hablaron con él.

—Ha sido un ataque de locura —dijo—, pero es que estoy recién creado.

Le dijeron que eso estaba mejor.

Él les dijo que ahora era más sensato y se arrepentía de todo lo que había hecho.

Entonces lloró sin querer, pues estaba muy débil y enfermo, y ellos lo tomaron como un signo favorable.

Le preguntaron si todavía pensaba que podía ver.

—No —dijo—. Aquello fue una locura. Esa palabra no significa nada, ¡menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—Como a cien veces la altura de un hombre hay un techo sobre el mundo, rocoso y muy, muy suave.

Estalló de nuevo en un llanto histérico.

—Antes de preguntarme nada más, dadme algo de comer o moriré.

Esperaba castigos atroces, pero esos ciegos eran capaces de mostrar tolerancia. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general, y tras azotarle le asignaron el trabajo más simple y pesado que podían asignar a nadie, y él, no viendo otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que se le dijo.

Estuvo unos días enfermo, y lo cuidaron con cariño. Eso afinó su sumisión, pero ellos insistieron en que reposara a oscuras y aquello le causó una profunda tristeza. Y filósofos ciegos fueron a hablarle de la perversa ligereza de su mente, y le reprocharon con tal autoridad sus dudas sobre la tapa de roca que cubría su cacerola cósmica que casi dudó si en verdad no sería víctima de una alucinación por no verla sobre su cabeza.

Así es como Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y éstos dejaron de ser un pueblo homogéneo y se convirtieron en individuos y conocidos, mientras el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Jacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba enfadado; estaba Pedro, el sobrino de Jacob; y Medina-saroté, la hija menor de Jacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos porque tenía rasgos marcados y carecía de esa agradable y brillante tersura que es el ideal de belleza femenina para el ciego. Pero a Núñez le pareció guapa desde el principio y, al poco tiempo, la cosa más bonita de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos ni enrojecidos como era común en el valle, sino que parecía que fueran a abrirse de nuevo en cualquier momento. Y tenía largas pestañas, lo que se consideraba una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía el fino oído de los pretendientes del valle. Así es que no tenía ningún amante.

Llegó un momento en que Núñez pensó que, si pudiera conquistarla, se resignaría a vivir en el valle para el resto de sus días.

La espiaba, buscaba oportunidades de prestarle pequeños servicios y

pronto descubrió que ella se fijaba en él. Una vez, en la reunión de un día de descanso, se sentaron uno junto a otro a la pálida luz de las estrellas, y la música era dulce. Él posó su mano sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, muy tiernamente, ella le devolvió la presión. Y un día, mientras cenaban a oscuras, él sintió que la mano de ella lo buscaba muy suavemente, y al chisporrotear el fuego por azar en ese instante, vio la ternura reflejada en su rostro.

Entonces trató de hablar con ella.

La abordó un día mientras la joven hilaba sentada a la luz de la luna estival. La luz la revestía de plata y misterio. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba, y lo hermosa que le parecía. Tenía voz de enamorado, y le habló con tierna reverencia casi temerosa. Ella, que nunca había sido objeto de adoración, no le dio una respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras la complacieron.

Después de aquello él le hablaba siempre que tenía oportunidad. El valle se convirtió en su mundo, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, sólo parecía un cuento de hadas que algún día él vertería en sus oídos. Muy tímida y cautelosamente le habló de la vista.

La vista a ella le pareció la más poética de las fantasías, y escuchó su descripción de las estrellas y las montañas y de su propia belleza iluminada de blanco con culpable indulgencia. No lo creyó, sólo podía entender a medias, pero estaba misteriosamente complacida, y a él le pareció que lo entendía todo perfectamente.

Su amor le hizo perder el miedo y armarse de valor. Pronto se mostró dispuesto a pedirla en matrimonio a Jacob y a los ancianos, pero ella se volvió temerosa y evasiva. Fue una de sus hermanas mayores la primera en contar a Jacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una gran oposición a aquel matrimonio; no tanto porque valoraran a la muchacha sino porque a él lo consideraban un ser aparte, una criatura idiota e incompetente por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron tajantemente, porque eso traería el descrédito sobre todos ellos; y el viejo Jacob, aunque le había cogido cierto cariño a su torpe y obediente siervo, sacudió la cabeza y dijo que no podía ser. Los jóvenes se enfurecieron ante la idea de corromper la raza, y uno llegó incluso a insultar y golpear a Núñez. Éste se defendió, y por primera vez descubrió las ventajas de poder ver, incluso a la luz del crepúsculo, y una vez acabada la pelea nadie estuvo dispuesto a levantar la mano contra él. Pero seguían considerando imposible su matrimonio.

El viejo Jacob amaba tiernamente a su hija pequeña, y le dolía verla llorar

sobre su hombro.

—Verás, cielo, es que es un idiota. Tiene delirios y no es capaz de hacer nada bien.

—Lo sé —dijo llorando Medina-saroté—. Pero está mejor que antes. Va progresando. Y es fuerte, padre, y bueno, más fuerte y bueno que cualquier otro hombre en el mundo. Y me quiere, padre, y yo le quiero a él.

El viejo Jacob se afligió al verla desconsolada, y, además —lo que aumentaba su aflicción—, apreciaba a Núñez por muchos motivos. Así que fue a sentarse a la sala del Consejo con el resto de ancianos, siguió atentamente el rumbo de la conversación y, en el momento oportuno, dijo:

—Es mejor de lo que era. Es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al rato, otro de los ancianos, tras reflexionar profundamente, tuvo una idea. Era el gran médico de aquella gente, su curandero, y tenía una mente muy inventiva y filosófica, y le atraía la idea de curar a Núñez de sus rarezas. Un día en que Jacob estaba presente volvió a sacar el tema.

—He examinado a Bogotá —dijo—, y el caso me parece claro. Creo muy probable que pueda curarse.

—Eso es lo que siempre he deseado —dijo el viejo Jacob.

—Su cerebro está afectado —dijo el médico ciego.

Los ancianos murmuraron en señal de asentimiento.

—Y bien, ¿qué lo afecta?

—¡Ah! —dijo el viejo Jacob.

—Esto —dijo el médico, respondiendo su propia pregunta—. Esas cosas raras llamadas ojos, que existen para formar una depresión suave y agradable en la cara, están dañados en el caso de Bogotá hasta el punto de afectarle al cerebro. Están muy dilatados, tiene pestañas y sus párpados se mueven, y en consecuencia su cerebro se halla en un estado de constante irritación y aturdimiento.

—¿De veras? —dijo el viejo Jacob.

—Y creo poder decir con bastante certeza que, para curarlo completamente, sólo necesitamos realizar una fácil y sencilla operación quirúrgica, es decir, extirparle esos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces estará cuerdo?

—Completamente cuerdo, y será un ciudadano admirable.

—¡Dios bendiga la ciencia! —dijo el viejo Jacob, y corrió a informar a Núñez de aquel rayo de esperanza.

Pero la manera en que Núñez recibió la buena noticia le sorprendió por fría y decepcionante.

—Por el tono que adoptas se diría que no te importa mi hija —dijo.

Fue Medina-saroté quien convenció a Núñez para someterse a los cirujanos ciegos.

—¿No querrás que pierda el don de la vista, verdad? —dijo él.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

Ella bajó la cabeza.

—Están las cosas hermosas, las pequeñas cosas hermosas, las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y tersura de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes errantes, las puestas de sol y las estrellas. Y estás tú. Sólo por ti merece la pena ver, para contemplar tu rostro dulce y sereno, tus tiernos labios, tus encantadoras y bonitas manos entrelazadas... Son estos ojos míos que conquistaste, estos ojos que me atan a ti, lo que buscan esos idiotas. En vez de eso, debo tocarte, oírte y no verte nunca más. Debo instalarme bajo ese techo de roca, piedra y oscuridad, ese horrible techo que rebaja tu imaginación... No, no querrás que haga eso, ¿verdad?

Le había asaltado una duda desagradable. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella, vacilando— desearía...

—¿Qué? —dijo él un tanto aprensivo.

—A veces desearía que no hablaras así.

—¿Cómo así?

—Sé que es bonito... eso que imaginas. Y me encanta, pero ahora...

Él sintió un escalofrío.

—¿Ahora...? —dijo en un suspiro.

Ella permaneció en silencio:

—¿Quieres decir...? ¿Crees que sería mejor que yo, quizá...?

Empezaba a entenderlo todo rápidamente. Sintió ira, desde luego, ira por lo absurdo del destino, pero también compasión por la incompreensión de ella, una compasión cercana a la piedad.

—Amor mío —dijo él, y pudo ver por su palidez con cuánta intensidad su espíritu presionaba contra las cosas que ella no podía decir. La abrazó, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo él finalmente con voz llena de dulzura.

Ella le echó los brazos al cuello, envuelta en un mar de lágrimas:

—¡Oh, si lo hicieras! —dijo entre sollozos—. ¡Si lo hicieras...!

La semana previa a la operación que lo elevaría de su condición inferior y servil a la categoría de ciudadano ciego, Núñez no pegó ojo, y durante las cálidas horas de sol, mientras los demás dormían plácidamente, él se sentaba taciturno o vagaba sin rumbo, tratando de resolver este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento, y no obstante no estaba seguro. Por fin acabó la época de labor, el sol salió esplendoroso sobre las crestas doradas y comenzó para él su último día de visión. Disponía de unos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana dejaré de ver —dijo.

—¡Amor mío! —respondió ella, apretándole las manos con todas sus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo—. Y ese dolor, amor mío, ese dolor lo sufrirás por mí... Amor mío, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, te recompensaré. Mi amado, mi amado de voz dulce, te recompensaré.

Se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó, apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —murmuró ante aquella visión amada—. ¡Adiós!

Entonces se dio la vuelta y se alejó.

Ella podía oír sus lentas pisadas al marcharse, y algo en el ritmo de esos pasos la sumió en un llanto arrebatado.

Él se había propuesto ir a un lugar solitario donde los prados estaban adornados de narcisos blancos, y quedarse en él hasta que llegara la hora del sacrificio, pero mientras se encaminaba hacia allí elevó la mirada y vio la mañana, la mañana como un ángel de armadura dorada que bajaba por las pendientes...

Le pareció que, ante ese esplendor, él y aquel mundo ciego en el valle, y su amor, y todo, no eran más que un pozo de pecado.

No se apartó como tenía pensado, sino que continuó y franqueó el muro de

la circunferencia hasta salir a las rocas, con los ojos siempre puestos en el hielo y la nieve iluminados por el sol.

Vio su belleza infinita, y su imaginación los sobrevoló hacia esas cosas lejanas a las que ahora iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que fue apartado, su mundo, y tuvo una visión de aquellas lejanas pendientes, perdidas en la distancia, con Bogotá, un lugar de multitudinaria y conmovedora belleza, una gloria de día y un misterio luminoso de noche, sede de palacios y fuentes y estatuas y casas blancas, que yacía imponente a media distancia. Pensó que, durante un día o dos, se podía bajar por los desfiladeros y acercarse cada vez más a sus bulliciosas calles y caminos. Pensó en el viaje por río, un día tras otro, desde el gran Bogotá al mundo aún más vasto situado más allá, por pueblos y aldeas, bosques y desiertos, el río que fluía impetuoso un día tras otro hasta que sus bancos desaparecían y los grandes barcos de vapor pasaban salpicando, y así uno llegaba al mar, el mar infinito, con sus mil, sus millares de islas, y sus barcos entrevistados a lo lejos en sus incesantes travesías por el ancho mundo. Y allí, libre de montañas, se veía el cielo... el cielo, no ese disco que se veía aquí, sino un arco de un azul inconmensurable, un mar en cuyos abismos flotaban, girando, las estrellas...

Sus ojos escrutaron con más atención la gran cortina de montañas.

Por ejemplo, si subía aquel barranco hacia esa chimenea de allí, podía salir a lo alto entre los raquíuticos pinos que daban vueltas en una especie de saledizo y seguían subiendo más y más hasta pasar sobre la garganta. ¿Y luego? Aquel talud era asequible. Desde allí quizá encontrara una subida que lo elevara hasta el precipicio que se abría bajo la nieve; y si esa chimenea fallaba, otra más al este serviría mejor a sus propósitos. ¿Y luego? Luego podría salir a la nieve iluminada de ámbar, y a media altura de la cresta de aquellos hermosos parajes desolados.

Se volvió para echar otro vistazo a la aldea, luego dio media vuelta y la contempló fijamente.

Pensó en Medina-saroté, que se había vuelto pequeña y remota.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, bajo cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Luego se puso a escalar con mucho cuidado.

La puesta de sol no lo sorprendió escalando, sino lejos y en lo alto. Había estado más arriba, pero aún así seguía estando muy alto. Tenía la ropa desgarrada, los miembros ensangrentados y el cuerpo cubierto de moretones, pero estaba tumbado a sus anchas y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

Desde su lugar de reposo parecía que el valle se hallara en un pozo y casi dos kilómetros por debajo. Empezaba a oscurecer por la neblina y las sombras, aunque las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego. Las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego, y los pequeños detalles de las rocas cercanas estaban revestidos de una sutil belleza —una veta de mineral verde perforando el gris, el destello de las caras del cristal aquí y allá, un líquen naranja delicadamente bello justo encima de su rostro—. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul que se oscurecía hasta tornarse morado, y el morado en oscuridad luminosa, y sobre su cabeza la ilimitada inmensidad del cielo. Pero ya no prestaba atención a aquello, sino que siguió allí tumbado, bastante inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho sólo por haber escapado del valle de los ciegos donde había pensado ser el rey.

El resplandor del atardecer se extinguió y llegó la noche, y él continuaba plácidamente tumbado y feliz bajo las frías estrellas luminosas.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es